

# El color de los sueños

Julio Noel



Presentado por

*Poemas del Alma* 

## Dedicatoria

*Se lo dedico a todos aquellos que nunca han querido leer mis poemas.*

## Sobre el autor

Julio Noel es el seudónimo de Jesús Díez Porras, nacido en Valdesamario (León) el 27 de mayo de 1948. Estudió Bachillerato en un colegio religioso de San Sebastián, Magisterio en León y se licenció en Filología Española por la UNED. Ha escrito varias novelas, algunos cuentos y leyendas y seis poemarios, todos ellos inéditos, a excepción de la novela "La familia de Ismael Ricote", autoeditada en la Editorial Círculo Rojo.

## Índice

El sol discurre lentamente hacia el ocaso

Con sus gráciles dedos el céfiro peinaba

La verde brisa besa la copa de los árboles

El silencio de la noche le habla a la aliseda

Entre albas madre selvas y límpidos cristales

Amanecer

Una sutil y transparente gasa

Sueños dorados alimenta mi fantasía

Una larga serpiente de oro

Cuando niño miraba siempre al cielo

Mis sueños de ayer eran verde sinfonía

Tarde de oro en la resplandeciente floresta

El último estertor de la noche

Los plateados rayos de la luna

Ígneo fuego estival

Dulces cadencias besan mis oídos

A la orilla del río una paloma

Mi canción es como un sueño dorado

De rocío albas perlas en la afable

¡Dorados atardeceres de otoño

El cielo vespertino

Níveos narcisos el rocío perla

Cuando el oro de la tarde ya muere

En el plateado silencio del alba

Ocres y oro en la tarde

## El sol discurre lentamente hacia el ocaso

El sol discurre lentamente hacia el ocaso  
por los dorados caminos del cerúleo cielo  
y poco a poco su redonda lumbre se apaga  
entre relucientes cristales de sangre y fuego.  
Las glaucas y aterciopeladas aguas del mar  
reciben sonrientes los fulgurantes destellos,  
en las níveas crestas de sus agitadas olas  
aletean los irisados colores del céfiro.  
Blancas vuelan las gaviotas  
en las lenes y azuladas alas del viento,  
entre sus gráciles y etéreas acrobacias  
fluyen inmovibles los suspiros del tiempo.  
Por los intersticios de la arrebolada brisa  
se deslizan mis dulces y halagadores sueños,  
que raudos se esconden en algodonosas nubes  
para ocultarse del enojo de unos ojos negros.

## Con sus gráciles dedos el céfiro peinaba

Con sus gráciles dedos el céfiro peinaba  
las glaucas guedejas que por los prados sonreían,  
su música acariciaba  
el terciopelo esmeralda de la pradería.  
Trinos de vivos colores surcaban el aire  
en el verde frescor de la mañana cetrina,  
mientras el amarillo canto de la oropéndola  
en la fronda de un enhiesto chopo se escondía.  
La dulce risa del silencio entre la espesura  
sutilmente se escurría  
y en sus candorosas alas llevaba prendidos  
azules mechones de mi arrebolada vida.  
Cálidos aromas portaba la sedosa aura  
entre los tiernos abrazos de la suave brisa,  
mientras mis penas se las llevaba la corriente  
entre llantos y sonrisas.

## La verde brisa besa la copa de los árboles

La verde brisa besa la copa de los árboles  
entre luces cenitales y suaves rumores;  
en pos de sí se escuchan cantarines silencios:  
dulces melodías de gárrulos ruiseñores.  
En el silente fragor de la verde alameda  
suspiran al viento fragantes exhalaciones  
y entre el trémulo reír de las plateadas hojas  
se apagan los ecos de los pájaros cantores.  
Cuando el rendido ocaso extiende su rojo manto  
y el reluciente oro enciende el lejano horizonte,  
la exhausta alameda inerte y muda se queda  
para adormecerse en los brazos de la noche.  
En las alas del silencio derramo mis lágrimas  
y a la nítida corriente arrojé mis dolores  
para que de la muda alameda se los lleven  
entre las heladas risas del viento del norte.



## El silencio de la noche le habla a la aliseda

El silencio de la noche le habla a la aliseda  
entre risas de agua y suspiros de viento;  
con melosa voz le contaba todas sus penas,  
que eran tan carmesíes como sus sentimientos.  
El río escuchaba sus apagados gemidos  
conteniendo en el aire el rumor de su aliento,  
mientras en su cristalino regazo recogía  
las amargas lágrimas que exhalaba el silencio.  
La noche fluía en busca de la alegre alborada  
para alejarse de sus más inhóspitos miedos  
y en su lento discurrir  
se refugiaba en el tul de sus azules sueños.  
Cuando el silencio de la noche se duerme en la  
dulce mañana, la aliseda sonrío al céfiro  
y el eterno fluir de las cantarinas aguas  
se lleva las penas de la noche al verde piélago.

## Entre albas madresevas y límpidos cristales

Entre albas madresevas y límpidos cristales  
un tierno infante las horas entretenía,  
en el incesante vagar de su fantasía  
lágrimas y suspiros derramaba a raudales.  
El eterno fluir con sus ojos virginales  
contemplaba mientras del entorno se abstraía,  
para el triste infante en el mundo nada había  
fuera del amor y las caricias maternas.  
La pasada noche mientras el niño dormía  
una arcana voz le produjo gran estupor:  
su adorable madre por los cielos ascendía  
llevándose para siempre consigo su amor.  
El triste niño las madresevas no veía  
ni la corriente que se llevaba su dolor.

## Amanecer

Trémulas hojas mecidas por la leve brisa,  
lágrimas de rocío en nenúfares de plata,  
verdes ojos que se diluyen como la noche,  
botones de oro que se extinguen en la alborada.  
Tornasoladas saetas que atraviesan el aire,  
angustiados gemidos que perturban la calma,  
pausado despertar de la agonizante noche,  
nuevas sensaciones en la naciente mañana.  
Trinos que se elevan a las esferas celestes,  
bruñidos cristales en que se miran las ramas,  
rumores que sofocan el silencio nocturno,  
bóveda azul que se viste con traje de gala.  
Suaves aromas a jazmines y violetas,  
abanicos de colores acunan el agua,  
silencioso zumbido de la pionera abeja,  
flores que liban rocío en campos esmeraldas.

## Una sutil y transparente gasa

Una sutil y transparente gasa  
con sus sedosas y alargadas lenguas  
asciende lentamente por el valle  
acariciando montes y laderas.  
Los mortecinos rayos languidecen  
al caer el velo sobre la ribera  
y el paisaje en penumbra permanece  
al paso de su grisácea estela.  
Sus inasibles y húmidos dedos  
acarician todo lo que rodean,  
como la suave y maternal mano  
que al tierno infante mima satisfecha.  
Sedosos cabellos deshilachados  
hacia las más altas cumbres se elevan,  
tras ellos va ascendiendo silenciosa  
la imparable masa de suave seda.  
Todo el valle termina sumergido  
en un vellón de lana cenicienta,  
que a modo de nave fantasmal surca  
el tenebroso océano de tierra,  
mientras ostenta alegre y jubilosa  
los altos picos como ufanas velas.

## Sueños dorados alimenta mi fantasía

Sueños dorados alimenta mi fantasía  
en la tarde de oro de mi agobiada existencia,  
aletean como mariposas en mi presencia  
sin procurarme sosiego noche y día.  
Esmeraldas y topacios veo en la lejanía  
que impregnan mis sentidos con efímera esencia,  
mas no pueden en mí reemplazar el mal de ausencia  
que durante tanto tiempo aflige el alma mía.  
De purpúrea luz un rayo esperanzador  
de mi áureo sueño ha venido a liberarme  
y, con signos de maternal amor y ternura,  
a mis remotos recuerdos anhela mudarme.  
¿Logrará trocar este tormento y amargura  
en el gozo y ventura de mi primer albor?

## Una larga serpiente de oro

Una larga serpiente de oro  
el plácido valle atraviesa,  
va sembrando doradas hojas  
por verdes prados de tierna hierba.  
Un centenario chopo herido  
con su copa la tierra besa,  
la mitad del tronco roído  
y la otra mitad casi seca.  
Vigorosas lanzas doradas  
a su lado se bambolean  
mecidas por el suave céfiro  
como bailarinas esbeltas.  
En las cristalinas aguas  
sus áureas copas espejean  
como volubles mariposas  
que jamás pueden estar quietas.  
Viven el hoy despreocupadas  
sin conocer que les espera  
un mañana efímero como el del  
viejo chopo que yace en tierra.  
Así de frágil y fugaz  
es la vida que nos aferra,  
hoy, rozagantes y valientes  
y mañana, polvo y pavesas.

## Cuando niño miraba siempre al cielo

Cuando niño miraba siempre al cielo,  
por su azul vagaba mi fantasía,  
en él trataba de encontrar consuelo  
a los sinsabores del alma mía.  
Por el azur mi inocencia vagaba  
en busca de saetas de colores  
y mi mirada siempre tropezaba  
con los cárdenos y adustos alcores.  
A veces observaba blancas rosas  
volar por la azulada inmensidad,  
eran más fragantes y primorosas  
que las radiantes rosas de verdad.  
Mis extasiados ojos deambulaban  
por etéreas regiones de cobalto  
y las blancas nubes me trasladaban  
por encima del vértice más alto.  
Una límpida mañana de abril  
mi alma fue herida de agonía letal,  
en el sinfín de la cúpula añil  
no se vislumbraba un solo rosal.

## Mis sueños de ayer eran verde sinfonía

Mis sueños de ayer eran verde sinfonía  
que envolvía el dorado amanecer de mi infancia,  
eran el azogado espejo de la inconstancia  
que azuzaba los anhelos de mi fantasía.  
Mis cárdenos sueños de hoy son flébil agonía  
del último hálito de mi plateada estancia  
en esta vida marchita, inhóspita y sin fragancia,  
que va agonizando lentamente día a día.  
Risueños sueños de la infancia y juventud  
que inundasteis de alegría mis primeros años  
con vuestras gráciles alas de luz y color,  
¿por qué en los aciagos años de mi senectud  
ocasionáis en mi alma tan crueles desengaños,  
que hasta el profundo abismo alcanza mi dolor?



## Tarde de oro en la resplandeciente floresta

Tarde de oro en la resplandeciente floresta,  
penachos de guata púrpura ornan el azur,  
en el edén alegres notas de la oropéndola,  
esplendente y sutil muselina de áureo tul.  
Límpidos cristales que ya apenas reflejan  
los irisados átomos de la tenue luz,  
ondas lumínicas que con lentitud se alejan,  
brazos de la noche ciñen el inmenso azul.  
Poco a poco se extingue la naturaleza,  
en el carmesí ocaso el celaje se ve aún,  
el silencio escucha el graznido de la corneja  
que quebranta el sosiego del plateado abedul.  
Delicados aromas a flores y hierbabuena,  
notas intangibles de un invisible laúd  
resuenan dulces en la declinación serena  
mientras se desvanece el azogue del azud.

## El último estertor de la noche

El último estertor de la noche,  
el postrero destello del lucero del alba,  
el primer clarear en el saliente,  
el rocío de la rosa en la alborada:  
amanecer.

La libélula lila en el junco azul,  
el reclamo de la oropéndola entre hojas de plata,  
plomo derretido en la inhóspita tierra,  
el verde frescor de la corriente del agua:  
mediodía.

Oro y púrpura en el poniente,  
voces y ruidos en retirada,  
silencios y emociones en el ambiente,  
sombras de la noche ya alargadas:  
anochecer.

## Los plateados rayos de la luna

Los plateados rayos de la luna  
encendían las olas verdemar,  
que rumorosas iban a besar  
las doradas arenas de la duna.  
Llegaban a la orilla de una en una  
para allí sus penas aligerar,  
luego tornaban a la brava mar  
a guarecerse en su esmeralda cuna.  
Para arrojar de las olas la pena,  
a través de un sutil hilo de plata  
de la luna un hada descendió.  
Cuando la ninfa se posó en la arena,  
una inmensa ola, insolente e ingrata,  
al fondo de la mar se la llevó.

## Ígneo fuego estival

Ígneo fuego estival,  
tu ardiente lengua calcina las rosas  
que alborozadas y primorosas  
ríen espléndidas en el rosal.  
A tu llama letal  
prefiero las umbrías vagarosas,  
por do fluyen las aguas rumorosas  
de un alegre y cantarín manantial.  
Su frescura vital  
sofoca en mí las fiebres ardorosas  
y edulcora las llamas más fogosas  
del implacable calor cenital.  
El fresco fontanal  
fluye por la alameda frondosa  
y deja en pos de sí una estela acuosa  
como frágil camino de cristal.

## Dulces cadencias besan mis oídos

Dulces cadencias besan mis oídos  
en el tierno amanecer del alba,  
son como melodiosas armonías  
que en la vorágine sedaran mi alma.  
Cantos que al cielo las margaritas  
elevan como sencillas plegarias,  
músicas celestiales que emergen  
de las flores más humildes y cándidas,  
plegarias llenas de amor y ternura  
que emana el rocío de la mañana.  
Calurosos trinos verdes y azules  
rompen el silencio de la suave aura,  
sus cadencias mis oídos acarician  
como el roce de una amapola grana.  
Un azulado velo se despliega  
en la lejana loma gris y cárdena,  
que quiere llevarse consigo al cielo  
de este vate la pena más amarga.

## A la orilla del río una paloma

A la orilla del río una paloma  
de lenes alas blancas  
alegre besaba el claro cristal  
mientras bañaba sus pies en el agua.  
Sus labios eran dos rojos corales,  
sus mejillas, de grana,  
sus cabellos, de oro,  
y sus finas manos, de nívea plata.  
Jovial y ausente se entretenía  
acariciando la corriente clara,  
que con sus líquidas y suaves lenguas  
lame sus pies de nácar.  
Dulce melodía vibró en el aire,  
como voz más divina que humana,  
que todas las avecillas canoras,  
al oírla, intentaron emularla.  
Su canto quiso imitar el jilguero,  
también lo probó la alondra parda,  
remedarlo el ruiseñor quisiera  
y hasta la oropéndola negrigualda.  
Todas lo intentaron,  
pero ninguna pudo superarla,  
sobre todas ellas se elevó al cielo  
la dulce voz de mi paloma blanca.

## Mi canción es como un sueño dorado

Mi canción es como un sueño dorado  
que al despuntar la aurora me despierta,  
es como el ciervo azul  
que extraviado recorre la selva,  
es como la delicada flor malva  
que nace en primavera,  
es como lábil perla de rocío  
desprendida de la luz de una estrella,  
es un verso suelto que deambula  
en el éter en busca de un poema.  
Mi canción es como paloma herida  
que en el fondo del mar busca su pena,  
es sueño que nace enamorado  
entre efluvios de mirto y hierbabuena,  
es la luz que se apaga  
en las frías noches de luna llena,  
es un verso herido  
en busca de un alma que lo comprenda.  
Mi canción es la bella flor del alba  
que en el piélago busca quien la quiera.

## De rocío albas perlas en la afable

De rocío albas perlas en la afable  
alborada emanan fragantes rosas,  
por sus niveos pétalos se deslizan  
como dulces lágrimas vaporosas,  
que marchitaran las blancas mejillas  
de una niña que su ausente amor llora.  
Aromáticos efluvios atraen  
al rosal coloridas mariposas,  
que en armoniosa y rítmica danza  
liban el dulce néctar con sus trompas.  
Azules libélulas e irisados  
insectos succionan de ámbar las gotas,  
pero son del sol los dorados rayos,  
que en el lapso de unas breves horas,  
con sus lenguas de fuego  
los destellos subliman de las rosas.



## ¡Dorados atardeceres de otoño

¡Dorados atardeceres de otoño  
que inundáis de colores la alameda,  
que de luz y sombra pintáis el campo  
y de ocres hojas cubrís la pradera!

¡Dorados atardeceres de otoño  
que bañáis de luz y color mi tierra,  
iluminad las sombras de mi alma  
y desvaneced de ella sus tinieblas!  
Quiero ver la luz de los viejos campos,  
aspirar la fragancia de las huertas,  
recorrer los intrincados senderos,  
andar por sus caminos y veredas.

Quiero acercarme al sonoro río,  
oír el canto del agua entre las piedras,  
bañar mis pies en los claros cristales  
y la dulce voz de la filomena  
escuchar entre los suaves murmullos  
con que me brinde la naturaleza.

Quiero deleitar mis rudos sentidos  
con las tiernas y fragantes esencias  
que en las tardes doradas de otoño  
impregnan las lenes ondas etéreas.

¡Dorados atardeceres de otoño  
de mi lejana e inolvidable tierra,  
no sé si podré vivir sin vosotros,  
no sé si podré ser feliz sin ella!

## El cielo vespertino

El cielo vespertino  
se cubre de oro y grana  
y un cálido y dorado atardecer  
se refleja en el espejo del agua.  
El cristal pulido mis ojos besan  
de las límpidas aguas azogadas,  
mientras oigo un agradable silencio  
que suspira en los poros de mi alma.  
El globo solar despacio se aleja  
hundiéndose en púrpura sangre en llamas,  
de la alameda mueren los colores  
y el agua se cubre con negra gasa.  
Mis tristes ojos derramar quisieran  
una furtiva lágrima,  
pero lejanos sonos se lo estorban  
arrullados por el viento en las ramas.

## Níveos narcisos el rocío perla

Níveos narcisos el rocío perla  
en el tierno nacer de la mañana,  
irisadas lágrimas de los dioses  
que por los blancos pétalos resbalan,  
sutiles átomos de las estrellas  
que en la noche lloran y derraman,  
como gotas de diáfanos cristales,  
sobre las flores más immaculadas.  
Etéreos zumbidos revolotean  
entre las lenes corolas nevadas,  
libando de las purísimas flores  
sus esencias dulces y delicadas.  
De oro aroman el éter  
los filamentos con suaves fragancias  
y de los blancos pétalos  
se diluyen las irisadas lágrimas.  
Mi alma sigue soñando  
del río por las onduladas aguas,  
mientras en el azul  
celeste se oye una alegre tonada.

## Cuando el oro de la tarde ya muere

Cuando el oro de la tarde ya muere  
y por el valle se expande un tul malva,  
todos mis recuerdos se arremolinan  
en el rincón más oscuro de mi alma.

Un silencio hablador en la tarde  
trae a mi memoria viejas palabras,  
palabras que otrora fueron dulces  
y ahora son tan amargas.

En el ocaso en que muere la tarde,  
mil sombras se derraman alargadas  
desde las cumbres al fondo del valle,  
y de tanto cantar ya extenuadas  
las aves van declinando sus ayes  
hasta el tornar de la dulce alborada.

En el negro silencio sólo se oye  
la voz de la suave aura  
que por las níveas sombras se desliza  
y en mudo fragor a mi lado pasa.

## En el plateado silencio del alba

En el plateado silencio del alba,  
el plácido canto de la oropéndola  
a mi dolorido corazón llama  
y arranca de él espinas como penas.  
Entre el espeso ramaje del río  
mis ojos quieren verla,  
pero la bella ave de hulla y oro  
a mi vista se oculta en la arboleda.  
En la rizada corriente del río  
vuelan dos irisadas como flechas,  
la fuerza del agua con brío rompen  
y se ocultan raudas bajo las piedras.  
En el plateado espejo cegador  
con sutileza danzan dos libélulas,  
semejan dos gráciles bailarinas  
que sus etéreos pies el aire lleva.  
Absorto en tan miríficas visiones  
vuelvo mi mirada a la arboleda,  
entre su follaje he creído ver  
de oro un fulgor y unas alas negras;  
era el impune vuelo  
de la bella y evasiva oropéndola,  
que de nuevo mi atención cautivó  
y alejó de mi corazón las penas,  
y como alegres aves  
libres volaron a la mar eterna.

## Ocres y oro en la tarde

Ocres y oro en la tarde  
tiñen de color la vieja alameda,  
que atraviesa un fino hilo de plata  
por do fluyen mis penas.  
En un viejo olmo canta el ruiseñor  
un canto de amor a su compañera,  
¡oh grata melodía  
que a mi afligido corazón contenta!  
Las níveas nubes se visten de grana,  
cual las amapolas en primavera,  
purpúreo icor de dioses vertido  
en ígneas llamas de célica hoguera.  
En fragoso silencio se sumerge  
todo lo que me rodea,  
tan sólo se oye el sigiloso paso  
del amargo caminar de mi pena,  
que poco a poco se clava en mi alma  
como aguda espina que hiende mis venas.